



Ramón Hernández

CLAROSCURO

GUADALAJARA LIMITA AL NORTE CON EL MAR CANTÁBRICO

Y con los montes Pirineos que nos separan de Francia. El profesor me miró furibundo: Que no dijera disparates y volviera a estudiarme la lección. Guadalajara, decía la Enciclopedia de Dalmáu Carlés, era una de las cinco provincias que yo memorizaba poniendo los ojos en blanco: Madrid, Toledo, Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara. Limitaba al Norte con Segovia, Soria y Zaragoza. Que lo escribiera mil veces como castigo. ¡Oh, aquel individuo sádico y terrible que había hecho la guerra civil para siempre y que nos daba clase «particular» en aquella siniestra habitación, frente al convento de clausura de las Carmelitas de Abajo! Bofetadas en el rostro de aquel niño del año 1943, cuando en los muros de la población situada en la margen izquierda del río Henares, miocénica y diluvial, camino hacia la Alcarria, y su miel, estaban tatuados los rostros de José Antonio Primo de Rivera y de Franco con gorro de pico y borla de soldadito. Y se prohibía «hacer aguas» en las paredes y «fijar carteles» y entonces recuerdo que hacía mucho frío en los inviernos y nos calentábamos con los braseros de picón bajo las faldas de las mesas de camilla y por debajo los novios acariciaban las piernas de sus enamoradas y nos salían sabañones en los dedos de las manos y los pies que muchos llevaban calzados con botas claveteadas del «Frente de Juventudes» y cantaban «Montañas Nevadas, banderas al Viento» y otros, como le sucedía a mi amigo Cabezabuque, tenían que ponerse un cartón cuando se les agujereaba la suela, porque entonces todos éramos muy pobres y nadie tenía automóvil y yo no había visto el mar y me imaginaba el mar Cantábrico como una embravecida galerna que vi en una película de Spencer Tracy que era de pescadores y que no me acuerdo cómo se titulaba. Pero sí recuerdo que entonces nevaba mucho y ahora, sin embargo, nieva muy poco y no sabemos por qué, aunque muchos piensan que es por la energía nuclear, por la desintegración del átomo y por la contaminación. Lo cierto y verdad era que entonces nevaba mucho y nos íbamos al Parque de la Concordia a tirar bolas de nieve y a construir muñecos que tenían sombrero, bufanda y pipa y ojos. Yo entonces era feliz echando

bocanadas de caliente vaho en mis ateridas manos enrojecidas y para mí Guadalajara no era una provincia, sino España entera. Y España me habían dicho que era una, grande y libre, y durante muchos años Guadalajara fue para mí mi única patria y limitaba con el mar Cantábrico. Y recuerdo el Instituto «Brianda de Mendoza», frente al Hotel Iberia, antigua casa de los Mendoza y convento de la Piedad, con su espléndida portada, de escalera plateresca y la gran biblioteca donde yo leía a Dostoyesky y a Dumas y a Víctor Hugo. Y en el patio cantábamos el «Cara al Sol» con el brazo en alto. A mí me fascinaban las clases de Historia de un catedrático represaliado que era un sabio. Todavía me parece estar oyendo su voz diciéndome que la ciudad de Guadalajara era de origen ibérico, que los romanos la llamaban Arraca, y los árabes Quad-al-Hajara, que significa «río de piedras». Me gustaba por entonces los tebeos de «El Guerrero del Antifaz» y durante algún tiempo creí que el Guerrero era Alvar Fáñez de Minaya, primo del Cid Campeador. El catedrático nos decía que Guadalajara era una hermosa provincia castellana, con montañas que se llamaban Sierra Ministra, Altos de Barahona, Sierra de Pela, Cabras y Ayllón. Que teníamos también el Páramo, la Campiña y la Alcarria, y ríos que se llamaban Tajo, Gallo, Ablanquejo, Guadiela, Tajuña y Henares, que pasaba por Guadalajara bajo el puente construido por los árabes en los siglos X y XI y recuerdo que era un río un poco traidor, pues en sus aguas se hacían remolinos y se desbordaba en los inviernos y desde sus rojas terreras se arrojaban a la muerte los suicidas. Y una vez hice un álbum que todavía conservo con estampas y dibujos al pastel que empezaba con la Virgen de la Antigua y luego venía Atienza y las guerras del pretor Sertorio y Molina de Aragón con sus murallas y un dibujo al carboncillo de Alfonso el Batallador que se parecía a un guardia municipal del Ayuntamiento al que le llamábamos Moztezuma porque tenía un bigote mexicano como el de Panchito Villa. En el álbum venía también Sigüenza con su catedral y su Doncel y en Pastrana tenía yo pegada una cartulina que recorté de un libro que representaba a una princesa tuerta que se llamaba Eboli. Luego venían las tropas de Napoleón por Cifuentes y por Cogolludo y los

guerrilleros de «El Empecinado» con sus trabucos y a nosotros nos gustaba también jugar a bandoleros y a caballistas por el barranco del Alamin y nos confesábamos de nuestros pecados mortales en la iglesia de San Ginés, que es del siglo XVI, y otras veces en Santiago o en Santa María, pues en San Nicolás eran casi siempre las Misiones y los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, cuando sacerdotes de voz estentórea nos asustaban desde el púlpito hablándonos del Infierno. Recuerdo también el Palacio del Infantado, que también era de los Mendoza y allí nos llevaba el profesor de Historia y como estaba un poco de ruinas por los incendios de la guerra civil, se lamentaba, y nos decía estos muros hoy martirizados fueron esplendores góticos, mudéjares y renacentistas, fíjense en los artesonados. Y nosotros mirábamos con la boca abierta, pero casi siempre estábamos pensando en otras cosas como jugar a las tabas, bailar el peón, montar en patinete o en bicicleta y si era verano bajarnos al río a bañarnos, y a jugar con la Muerte que, según decía mi abuelo, se escondía entre las procelosas aguas del traidor Henares. Recuerdo también las Ferias y el Toro de Fuego, y las procesiones del Corpus Christi, y los apóstoles eran de verdad y llevaban pelucas y se les derretía el maquillaje y yo recuerdo que siempre imaginaba que cuando fuera mayor iba a ser Jesucristo. Jugábamos al frontón en el Panteón de la Condesa de la Vega del Pozo y patinábamos por los Cuatro Caminos y la Concordia, ese hermoso parque con su templete para la música y San Roque con su prostíbulo. Recuerdo también que el reloj del Ayuntamiento tenía una sirena que sonaba a las doce del mediodía y cuando había fuego. Y brumosamente veo a los cadetes de la Academia Militar de las Adoratrices y los bailes del Casino donde yo bailaba con la hija del señor Notario el vals del Danubio Azul, mientras las mamás circunspectas nos vigilaban tomando café con leche y bizcochos borrachos y la orquesta «Ritmos» tocaba después pasodobles y a mí siempre se me hacía un nudo en la garganta cuando cantaban uno que decía: «qué lejos te vas quedando, España, de mi querer, a Dios le pido rezando que pronto te vuelva a ver». Y es que siempre fui un sentimental, lo reconozco. ■

Ramón HERNANDEZ